

CORRESPONDENCIA

ILUSTRADA

DIRECTOR, D. PEDRO PAGAN.

AÑO II.—(II Época.)

Miércoles 25 de Mayo de 1881

NUM. 228

A P. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

LA ULTIMA MISA.

ODA

El alma sol que al universo alumbra,
en las olas del mar oculto un día,
á la tierra sumida en la penumbra
negaba el esplendor y la alegría,
escondiendo la llama fulgurante
de su egregia corona rutilante
La mortecina lámpara que ardía
cabe la santa urna, donde incierta
su misteriosa lumbré difundía
del templo augusto sobre el altar puesta,
al divino semblante
del Salvador robando luz más clara,
trémula, á espacios tardos conseguía
rasgar las sombras de la noche avara.

Ni lejano clamor, ni leve ruido
turbaban el silencio un sólo punto,
oscuro el cielo con la tierra unido,
semejaba caótico conjunto
de senos misteriosos que Dios puebla
de horror y sombras, que el divino coro
fecunda con el lloro
que desciende á sus limbos con la niebla.
En la augusta plaza, cual trasunto
de inmarcesible gloria, su arrogancia
mostraba en la distancia
rasgando de las nubes los crespones,
la torre de altos timbres y blasones
do lloró su baldon la altiva Francia.

De gloriosos laureles abrumado
y al reposo fatídico entregado,
el pueblo en el quietismo de lo inerte
parecía dormir sueño de muerte.
Del Pirene en las cumbres revocado,
sordo el clamor de Otumba, en vano un eco
reclamó de la noche en el recinto
de la augusta Isabel y Carlos quinto.
De su esplendor en truco,
la oprobiosa mancilla
de esclava grey que al deshonor se humilla
sufrió de su gloria en el ocaso,
cuando turbó la calma de la villa
súbito ruido cual de incierto paso.

El rumor vacilante y repetido
que en la desierta calle lentamente
se acercaba en la sombra, en su sonido
y en el seco compás con que frecuente
el pavimento hería,
de algo que se desgaja y desmorona
reproducido el eco, parecía
que era el rodar de la imperial corona
en los abismos de la noche fría.
Mensurando tenaz el duro suelo,
y del alba al rayar la luz, despacio
al avanzar con incansable anhelo
parecía medir del alto cielo,
más que del mundo el inmortal espacio.

Bajo las sienas de la noche torva
concentrando el aurora la mirada,
á un sacerdote que la edad encorva
vió surgir de la sombra desgarrada.
La lumbré desmayada
de la sagrada lámpara, deshizo
su misterioso círculo rojizo,
cuando llegando al templo el noble anciano,

y ante la excelsa imagen de la urna
descubriendo la nívea y ancha frente,
más pura y clara que la luz divina,
representó en su aspecto soberano
al claro sol que rasga resplandeciente
la oscuridad del férvido Oceano.

Cuando al umbral llegó, cual si anhelantes
espíritus velasen su llegada,
giraron en sus goznes rechinantes
las anchas puertas para darle entrada.
Con actitud serena y reposada
la nave atravesó, y el ruido vago
de amplio manto que rozaba el suelo,
dejándole adorar de Santiago
la Cruz bendita que venera el cielo,
despertaba en la iglesia parecido
rumor confuso al que con blando ruido
en las etéreas salas,
hacen las aves cuando al casto nido
convierten puras las batientes alas.

Oró ante el ara, y á la luz del día
que besaba del templo los cristales,
la estatua parecía
que custodia las sombras inmortales.
Su argentado cabello desaparecía
en torno de su faz, el fulgor bello
del astro amante que suceda al día.
De su mirada rutilante y pura
el incendio de amor y de ternura
que en vívido destello
ardiendo en sus pupilas fulguraba,
en el anciano de fervor profundo
al genio denunciaba
y al vate insigne, admiración del mundo.

La campana sonó, y á la primera
trémula nota que rodó en la esfera,
cruzando el sacerdote el presbiterio
á revestirse entró. De la luz era
claro ya el esplendor que al hemisferio
prestaba tintas de matices suaves;
hora en que siempre tras los senos fríos
de las nubes que el cielo surcan graves,
déjansen oír los amorosos píos
con que llaman al sol las castas aves.
Aón la voz que vibró en el campanario
resonaba indecisa,
cuando de un niño en pos llegó al sagrario
el digno anciano, y comenzó la misa.

II

Al sagrado clamor, en la mañana,
y cual surgiendo el último tañido,
una tras otra en la mansión cristiana
penetraron sin ruido
varias sombras oscuras.
Del sacerdote al cielo se elevaron
las oraciones puras,
y al punto que se alzaron
sobre las altas cumbres, do besaron
de las eternas nieves el armiño,
la plegaria común con santo empeño,
«gloria al Señor—clamó—del mundo dueño,
y gloria y paz—decía con el niño—
al que pensó inmortal La vida es sueño.»

Del seguro del bien y la alegría,
enriqueciendo el resplandor del día,
los ángeles de luz con vuelo blando
descendieron, las preces escuchando,
á la morada terrenal sombra.

Bajo la excelsa Cruz que la agonía
miró del Redentor, el sacrificio
contemplando inruento, al consagrante
con plectro resonante
acompañando en el augusto oficio
y el rezo santo repitiendo en coro,
«este es el Señor—decían—el que amante
vuestra gloria cantó con arpa de oro,
este es el solo Príncipe constante.»

Rasgado el velo de la sombra adusta,
á los pies de La Virgen del Sagrario,
don Pedro Calderon, de faz augusta,
celebraba en el puro santuario.
El era el sacerdote octogenario
que humilde ante el altar se prosternaba,
el cristiano ministro que oficiaba
con unción fervorosa,
el genio que á los cielos levantaba
la frente esplendorosa,
el que en la inspiración y en la fe solo
ante el excelso y santo,
haciendo ofrenda del Laurel de Apolo,
renunciaba al Encanto sin encanto.

¡Don Pedro Calderon! ¡Gloria del mundo!
¡Honor de España! ¡Admiración del suelo!
Poeta sin segundo,
que dió á la escena el esplendor del cielo.
Vate feliz, que con gigante anhelo,
grandeza sin igual y astro fecundo,
consiguió peregrino
realizar inspirado el venturoso
consorcio de lo humano y lo divino;
ingenio que sublime
se levantó con vuelo poderoso
al alto asiento de su nombre imprime,
con resplandor que brilla sin ocaso
sobre las áureas cumbres del Parnaso.

El que en Lances de amor y de fortuna
jamás gastó la juventud honrada,
el que á los claros timbres de su cuna
supo añadir los de su invicta espada,
que en Flandes, en Italia y en la osada
civil contienda fulguró radiante,
ya depuesta la cota rutilante
y del alba vestido,
la santa misa al comenzar ufano
así su ruego levantó cristiano:
«Señor, me acerco á Vos; si enardecido,
siempre anhelé los celestiales goces,
no los neguéis al vate redimido
todá vez que es su fé El secreto a voces.»

Y era tal el fervor del venerable
ministro al celebrar puro el misterio,
que en su abstracción loable,
y en la unción de su augusto ministerio,
ni á su lado veía
al niño que á los rezos respondía,
ni el rumor escuchaba
del angélico coro que agitaba,
al batir de sus alas temblorosas,
del ara santa las fragantes rosas;
antes bien parecía,
trasfigurado y de su fe seguro,
que con empeño rechazar quería
de un Prodigioso mágico el conjuro.

Hondo silencio y religiosa calma
reinaron en el templo juntamente
cuando el anciano prosternó la frente,

como si recogidas en un alma
palpitaban con una solamente
las quietas sombras graves
que oraban esparcidas en las naves.
Los ángeles del cielo descendidos,
colgándose en el lábaro glorioso,
de sus pechos los cándidos latidos
dejaron escuchar estremecidos,
en el sublime instante misterioso
en que en manos del Genio alzóse augusto
del mundo el Redentor, del cielo el Justo.

Eterna gloria á ti, feliz ingenio,
que al aplauso logrado en el proscenio,
y al láuro merecido,
añadiste la gloria incomparable,
en tu amor inefable,
de consagrar la forma en que se encierra
el Creador de los cielos y la tierra.
Eterna gloria á ti, que, enaltecido,
consumiste en el cáliz adorable
la sangre del Ungido,
mezclada con las lágrimas divinas
del que ciñó, por redimir al mundo,
la corona de espinas
que con espanto contempló el profundo.

Pregonando tu nombre en la ancha esfera,
cual eco de tu gloria vibró ufana
nuevamente la voz de la campana;
su nota postrimera
rodó otra vez en el espacio extenso,
y al escucharla tú, con gozo inmenso
brilló en tus labios celestial sonrisa.
Que en el rumor que mensajera brisa
te trajo del acento solitario
que incierto resonó en el santuario,
oíste tú que la postrera misa
celebraba el ministro octogenario
que el arpa de oro convirtió en salterio
y trasformó la plaza en prebisterio.

Con el blando rumor del onda oscura
levantábanse en tanto sordamente
los fervorosos rezos á la altura,
con los que, desbordada la ternura
del ingenio inmortal, rompió en hirviente
llanto dichoso que las penas calma,
y los anhelos con que late el alma.
Besó el altar y luego el crucifijo
convirtiendo ferviente
la mirada de grata dulcedumbre,
que al claro sol robó la viva lumbré;
después que le adoró, callado y fijo,
volvióse, contempló la muchedumbre
y con augusta mano la bendijo.

Y en breve realizó su ardiente anhelo.
En El carro del cielo
voló á gozar la gloria deseada
que venturoso conquistó en el suelo.
De la eterna alborada
la luz resplandeciente,
cual áureo nimbo allí ciñe su frente,
claro fulgor que, ardiendo en su mirada
dulcísima y serena,
presta su lumbré á la española escena,
resplandece en los fastos de la historia,
rasga las sombras del pesar humano,
y revela del genio la alta gloria
que logra excelsa el solio soberano.

LUIS BALACA.